

Dom

5 Ago

Homilía de XVIII Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2017 - 2018 - (Ciclo B)

“Señor, danos siempre de ese pan”

Introducción

El pueblo de Israel, en su travesía del desierto hacia la tierra prometida, experimentó múltiples incomodidades y se quejó amargamente de ellas muchas veces. Pero también experimentó inseparablemente la providencia de Dios, que cuidó de su pueblo constantemente y le mostró una y otra vez su solicitud, a pesar de sus protestas y de su conducta frecuentemente reprochable.

Dios quiere enseñar a su pueblo a contemplar la historia con ojos de fe, capaces de ver otra cosa que lo que ven los que carecen de ella. Se lo recuerda también Pablo a los efesios, recomendándoles renunciar al hombre viejo y revestirse del nuevo, que vive orientado por el Espíritu y superando los criterios de este mundo.

Es lo mismo que Jesús quiere inculcar a sus oyentes: elevarse por encima del alimento material que dio de comer a sus antepasados en el desierto -y a ellos mismos hacía poco- y aceptar el pan de vida que Dios les da en la persona de su Hijo, un pan que hace vivir para siempre.



Fray Emilio García Álvarez O.P.
Convento de Santo Tomás de Aquino (Sevilla)

Soy un sacerdote dominico nacido en la provincia de León. Entré en la Orden de Predicadores muy joven, en septiembre de 1958, atraído por la liturgia y la predicación de los frailes de la iglesia donde asistía al culto desde niño, en Madrid. Me formé en Palencia (noviciado), en Alcobendas (Madrid, Filosofía), Salamanca (Teología) y finalmente en París (Liturgia). Mi dedicación principal ha sido la docencia en Teología dogmática, en la Facultad de San Esteban, de Salamanca. Me gusta el cine, la lectura y la traducción, y predicar en la liturgia, en charlas o conferencias y en el acompañamiento personal.

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Libro del Exodo 16, 2-4. 12-15.

En aquellos días, la comunidad de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón en el desierto, diciendo: «¡Ojalá hubiéramos muerto a manos del Señor en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos alrededor de la olla de carne y comíamos pan hasta hartarnos! Nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta comunidad». El Señor dijo a Moisés: «Mira, haré llover pan del cielo para vosotros: que el pueblo salga a recoger la ración de cada día; lo pondré a prueba a ver si guarda mi instrucción o no. He oído las murmuraciones de los hijos de Israel. Diles: "Al atardecer comeréis carne, por la mañana os hartaréis de pan; para que sepáis que yo soy el Señor Dios vuestro"». Por la tarde, una bandada de codornices cubrió todo el campamento; y por la mañana había una capa de rocío alrededor del campamento. Cuando se evaporó la capa de rocío, apareció en la superficie del desierto un polvo fino, como escamas, parecido a la escarcha sobre la tierra. Al verlo, los hijos de Israel se dijeron: «¿Qué es esto?». Pues no sabían lo que era. Moisés les dijo: «Es el pan que el Señor os da de comer».

Salmo

Salmo 77, 3 y 4bc. 23-24. 25 y 54 R/. El Señor les dio pan del cielo

Lo que oímos y aprendimos, lo que nuestros padres nos contaron, lo contaremos a la futura generación: las alabanzas del Señor, su poder. R/. Pero dio orden a las altas nubes, abrió las compuertas del cielo: hizo llover sobre ellos maná, les dio pan del cielo. R/. El hombre comió pan de ángeles, les mandó provisiones hasta la hartura. Los hizo entrar por las santas fronteras, hasta el monte que su diestra había adquirido. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Efesios 4, 17. 20-24

Hermanos: Esto es lo que digo y aseguro en el Señor: que no andéis ya, como es el caso de los gentiles, en la vaciedad de sus ideas. Vosotros, en cambio, no es así como habéis aprendido a Cristo, si es que lo habéis oído a él y habéis sido adoctrinados en él, conforme a la verdad que hay en Jesús. Despojados del hombre viejo y de su anterior modo de vida, corrompido por sus apetencias seductoras; renovaos en la mente y en el espíritu y revestíos de la nueva condición humana creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Juan 6, 24-35

En aquel tiempo, cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaún en busca de Jesús. Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo has venido aquí?». Jesús les contestó: «En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad, no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a este lo ha sellado el Padre, Dios». Ellos le preguntaron: «Y, ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?». Respondió Jesús: «La obra que Dios es esta: que creáis en el que él ha enviado». Le replicaron: «¿Y qué signo haces tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: "Pan del cielo les dio a comer"». Jesús les replicó: «En verdad, en verdad os digo: no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo». Entonces le dijeron: Señor, danos siempre de este pan». Jesús les contestó: «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás».

Pautas para la homilía

Una peregrinación sembrada de dificultades... y de satisfacciones

El camino de la vida está sembrado de dificultades, como sabemos por nuestra propia experiencia y la de tantas otras personas. Y las quejas que proferimos por ellas son razonables y en gran parte inevitables. Más aún: si observamos la Biblia, percibiremos cómo la confianza en Dios se expresa precisamente en una infinidad de lamentaciones que el pueblo le dirige en las más variadas circunstancias.

Sin embargo, no sólo hay dificultades a lo largo de la vida. Hay también multitud de ocasiones en que disfrutamos de pequeñas cosas: una palabra oportuna en momentos de angustia, una caricia afectuosa de alguien que nos quiere sinceramente, una compañía amable cuando nos sentimos solos,...

¿Sabremos agradecer esos sencillos y entrañables regalos, igual que sabemos mostrar nuestro disgusto cuando algo va mal? ¿Y sabremos remontarnos, más allá de esos donantes benévolos, al Dios providente dador de todo bien? El acoge nuestras cuitas con infinita paciencia y dulzura. ¿Le daremos también la alegría de acoger nuestro reconocimiento y nuestra alabanza por tanta misericordia derrochada con nosotros?

Cambiar criterios envejecidos por criterios renovadores

Hoy muchas personas carecen de una tradición cristiana familiar o social. En principio, esa carencia explica que sus criterios se hayan formado al margen de la mentalidad cristiana y carezcan de una referencia a los valores evangélicos. No obstante, hay que reconocer que a veces su visión del mundo y su comportamiento nos admiran, y nos asombra saber que, a veces, ni siquiera son creyentes.

Muchos de nosotros tal vez sí procedemos de una tradición cristiana arraigada, pero tenemos que reconocer que hemos perdido vitalidad con el paso del tiempo y por el influjo del ambiente. Necesitamos recuperar la fuerza de nuestra fe y la capacidad de transmitir vida en nuestro entorno.

Como nos advierte san Pablo, Cristo nos "ha enseñado a abandonar el anterior modo de vivir", "a renovarnos en la mente y en el espíritu", acogiendo la presencia y la inspiración del Espíritu de Dios. Éste nos habrá de llevar a vivir de acuerdo con nuestra verdadera condición de hijos de Dios, creados a su imagen. Es decir, a preocuparnos por vivir la santidad, a la que nos ha invitado recientemente el papa Francisco, que nos asegura que esa santidad está al alcance de todos en nuestra vida cotidiana.

Descubrir a Jesús y su mensaje

El camino para vivir esa santidad no es otro que Cristo mismo. En la liturgia de hoy Jesús reprocha a los que le buscan que lo hagan por intereses materiales, porque les ha dado de comer. Y les invita a buscar el alimento que da vida eterna, es decir, una participación de la vida misma de Dios.

La fe es la que procura ese tipo de alimento, una fe que afirma que Jesús es el enviado de Dios y lo acepta como tal, tratando de seguir sus enseñanzas. Él es el pan bajado del cielo, que evoca la providencia de Dios en el desierto mediante el maná, pero que proporciona no sólo la supervivencia, como aquél, sino una vida en plenitud ya ahora y la promesa de vivir para siempre en el reino definitivo de Dios.

Seguir a Jesús es saciar nuestra hambre y calmar nuestra sed. Dos necesidades fundamentales cuyo remedio es esencial para poder vivir. Y sólo Jesús puede satisfacer plenamente esas necesidades. ¿Sabremos discernir esa hambre y esa sed en nuestra vida de cada día? ¿Y sabremos acudir a la única fuente que puede saciarlas?



Fray Emilio García Álvarez O.P.
Convento de Santo Tomás de Aquino (Sevilla)

Soy un sacerdote dominico nacido en la provincia de León. Entré en la Orden de Predicadores muy joven, en septiembre de 1958, atraído por la liturgia y la predicación de los frailes de la iglesia donde asistía al culto desde niño, en Madrid. Me formé en Palencia (noviciado), en Alcobendas (Madrid, Filosofía), Salamanca (Teología) y finalmente en París (Liturgia). Mi dedicación principal ha sido la docencia en Teología dogmática, en la Facultad de San Esteban, de Salamanca. Me gusta el cine, la lectura y la traducción, y predicar en la liturgia, en charlas o conferencias y en el acompañamiento personal.

Evangelio para niños

XVIII Domingo del tiempo ordinario - 5 de agosto de 2018



En la sinagoga de Cafarnaún

Juan 6, 24-35

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel Tiempo, cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaún en busca de Jesús. Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron: -Maestro, ¿cuándo has venido aquí? Jesús les contestó: -Os lo aseguro: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura, dando vida eterna; el que os dará el Hijo del hombre, pues a éste lo ha señalado el padre Dios. Ellos le preguntaron: -¿Cómo podremos ocuparnos en los trabajos que Dios quiere? Respondió Jesús: - Este es el trabajo que Dios quiere: que creáis en el que él ha enviado. Ellos le replicaron: -¿Y que signo vemos que haces tú para que creamos en ti? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: «Les dio a comer pan del cielo». Jesús les replicó: - Os lo aseguro que no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo. Entonces le dijeron: - Señor, danos siempre de ese pan. Jesús les contestó: Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí no pasará nunca sed.

Explicación

Después de la multiplicación de los panes, la gente al día siguiente se puso a buscar a Jesús y no lo encontraron y atravesaron el lago. Al verlo a la otra orilla, le preguntaron como había llegado allí. Pero Jesús se puso a decirles que se preocupasen más por el pan que baja del cielo. Ellos se creían que hablaba del maná, pero Jesús les aclaró que el se refería a él mismo y dijo: "Yo soy el pan vivo que ha descendido del cielo".

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

DECIMOCTAVO DOMINGO ORDINARIO – CICLO “B” - (JUAN 6, 24-35)

NARRADOR: En aquel tiempo, cuando la multitud se dio cuenta de que Jesús y sus discípulos no estaban allí, subieron a las barcas y fueron a Cafarnaúm en busca de Jesús.

Al encontrarlo en la otra orilla, le preguntaron:

NIÑO 1: "Maestro, te estábamos buscando, ¿cuándo llegaste?".

JESÚS: Os lo aseguro, no me buscabais a mí por los signos que habéis visto, sino porque comisteis pan hasta saciaros.

NIÑO 2: Maestro ¿crees que somos egoístas?

JESÚS: Trabajad, no por el alimento que caduca, sino por el alimento que dura para siempre, el que da vida eterna; ese es el que dará el Hijo del Hombre; pues a éste lo ha sellado el Padre, Dios.

NIÑOS: ¿Cómo podremos ocuparnos de los trabajos que Dios quiere?

JESÚS: Este es el trabajo que Dios quiere: que creáis en el que él ha enviado?

NIÑO 1: ¿Y qué signos vemos que haces tú, para que creamos en ti?

JESÚS: ¡Qué poca confianza tenéis en mí y en mi Padre!

NIÑO 2: Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: “Les dio de comer el pan del cielo”.

JESÚS: Os aseguro que no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo.

NIÑOS: Señor, queremos que nos des siempre de ese pan.

JESÚS: Yo soy el verdadero pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí no pasará nunca sed.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández